

14 de noviembre de 1854, y particularmente el numerario que había á bordo del *Príncipe*, mas aunque fueron inútiles todos los esfuerzos, porque, como habian presentado los ingenieros, aquellos buques estaban sumergidos á una profundidad enorme, no dejaron de prestar las campanas algunos servicios de cuenta, porque por su medio lograron extraerse los cargamentos de varios trasportes que habian zozobrado, como tambien un gran número de áncoras que se habian perdido.

Por esta misma época comenzaron á soplar los vientos del norte, y el estado sanitario de todas las tropas fué mejorando á ojos vista; el cólera perdió su carácter esporádico, y los generales en jefe tomaron al propio tiempo las medidas mas oportunas para sostener el entusiasmo del soldado valiéndose de la jovialidad en que naturalmente se distingue el carácter francés. El teatro de Inkerman, fundado por el regimiento 2.º de zuavos, y dirigido por Mr. Petitbeau, teniente del mismo, era siempre muy concurrido, y el valor de sus entradas era de cuatrocientos francos por término medio; de suerte que en el mes de mayo con solo el producto de cinco representaciones pudo remitirse un socorro de mil francos á los franceses que se hallaban prisioneros en Sebastopol: entre los espectadores se contaba casi siempre á los generales Bosquet, Morris, Mayran y Lavarande, y entre los actores se distinguia particularmente un tal Lessanne, que habia sido cómico en uno de los teatros subalternos de París. Cuando el 2.º regimiento de zuavos fué trasladado á las márgenes del Tehernaya, el general Canrobert quiso conservar el teatro en Inkerman, y por consiguiente autorizó á los actores para permanecer en el 1.º regimiento, mas aunque esta medida redundaba en perjuicio de las tropas del general Bosquet, porque las privaba de su teatro, y en consecuencia quisieron fundar otro en aquel valle, en 30 de julio los zuavos dieron nuevo principio á sus representaciones escénicas en el campamento de Inkerman. Este teatro consistia en un espacio descubierto y rodeado de una pared de piedra; los asientos eran bancos de tierra dispuestos en forma de semicírculo, aunque tambien habia un tronco de árbol reservado para los heridos; el escenario era la estremidad de una choza algo mas elevada que el patio; las decoraciones representaban un grotesco paisaje con algunas muchachas que cogian flores; el salon estaba iluminado por dos grandes faroles de papel fijados en la punta de dos palos, y la orquesta consistia en una música de regimiento. Los oficiales eran los únicos que tenian el derecho de entrar en los bastidores, es decir, en la choza; el auditorio se componia generalmente de unas mil personas; los dramas que mas gustaban á aquel público militar eran el *Permiso de diez horas* y la *Cuestion de Oriente*; los actores eran soldados rasos, y no pocas veces interrumpia los aplausos de los espectadores el estruendo de la artillería.

Las tiendas de los franceses estaban adornadas con flores y otros objetos de recreo, y á imitación suya los ingleses abandonaron igualmente la frialdad y reserva de su carácter para entregarse al esparcimiento y alegría de sus aliados. Los oficiales ingleses se reunian cada noche en una colina que bautizaron con el nombre de Cathcart, á donde concurrían igualmente los franceses; por un lado tenian á la vista el triste espectáculo del cementerio, y por otro lado descubrían el interior de Sebastopol; pasaban el tiempo chapurriando la lengua francesa, jugando á los bolos y entablando conversaciones animadas, y puede decirse que su campamento era una verdadera Babilonia, pues además se componia de turcos, elamitas, afghanes, armenios, albaneses, judíos, mesopotamios, curdos, partos, cananeos, griegos y croatas que se habian enganchado en los cuerpos auxiliares y que ganaban tres chelines diarios sin hacer nada.

Los piemonteses publicaban un periódico festivo, y alternaban igualmente con los ingleses en sus diversiones y pasatiempos.

A pesar de todas las medidas de los generales aliados para mejorar el estado sanitario de sus tropas, los grandes calores del estio, durante los cuales el termómetro de Reaumur, puesto á la sombra, llegó á subir á treinta y un grados, y las lluvias diluvianas que sobrevinieron repentinamente propagaron todo género de enfermedades, y los caminos que atravesaban la cuesta y los valles del campamento se pusieron casi intransitables. Entre los barrancos que conducian á Sebastopol habia muchos que quedaron convertidos en impetuosos torrentes; las trincheras se vieron inundadas y en ellas perecieron ahogados algunos individuos; al cólera sucedieron el tifus, el escorbuto y la disentería, y en los hospitales de Constantinopla llegaron á contarse á fines de julio nueve mil enfermos. Reinaba entre los aliados, sin esceptuar á los hombres mas robustos, cierta disposicion á la disentería, y los médicos recomendaban el uso de carne asada y de buen vino para fortificar el temperamento, y al propio tiempo una alimentacion vegetal para refrescar la sangre y prevenir el escorbuto; mas aunque habia carne en abundancia, careciase completamente de legumbres, y todo el ejército prorrumpia en un entusiasmo inexplicable cuando se recibian de Constantinopla algunos barriles de lentejas ó de habichuelas. Por último en la época mencionada habian sucumbido ya á dichas enfermedades treinta y cuatro médicos.

Los aliados consumían grandes cantidades de sodawater y limonadas gaseosas, á diferencia de los rusos, que tenian una aficion extraordinaria al vino de champaña. Los oficiales de uno y otro campo, despues de haber apurado una botella, la llenaban de pólvora, introducian una mecha en el tapon, la arrojaban al enemigo á manera de proyectil en medio de las carcajadas de sus compañeros, y nunca iban á las trincheras sin una abundante provision de botellas y de pólvora para dedicarse á esta costumbre, que llegó á hacerse de moda.

A mediados de julio, segun hemos dicho, los aliados estaban ya bastante cerca de la plaza, pues aunque los ingleses se hallaban aun á cuatrocientos metros de la Estrella mayor, los franceses distaban doscientos de la Estrella menor, noventa del Carenero y unos ochenta de Malakoff; mas á pesar de tan corta distancia, los rusos continuaban arrojando bombas que describian un ángulo de sesenta ó setenta grados, y caian casi perpendicularmente en forma de espiral. Las tropas de las trincheras apenas tenian tiempo para observar la caída de los proyectiles enemigos, y si á esta circunstancia se añade la actividad con que los rusos disparaban un verdadero huracán de balas y metralla cada vez que asomaba sobre el parapeto algun soldado, se comprenderán fácilmente los peligros de semejante situacion, porque las bombas y las granadas no les permitian de noche un instante de reposo en sus tiendas-abrigos, y de día se veian atormentados por el calor del sol y por los enjambres de moscas que llenaban toda la comarca.

Citaremos algunos ejemplos para que nuestros lectores puedan hacerse cargo del peligro que corrian las guardias de trinchera. El médico del *Carlo Alberto* obtuvo con mucha dificultad el permiso de visitar las trincheras, mas en vez de imitar á los individuos de las guardias y recatarse enteramente del enemigo, asomó un poco la cabeza para observar la plaza, y al instante le alcanzó en la frente una bala de fusil que le dejó muerto en el acto.

Un jóven viajero inglés, que pudo penetrar hasta la tercera paralela, pidió permiso al coronel Dixon, que á la sazón estaba de guardia, para que le dejase visitar las últimas trincheras; mas el coronel le manifestó que se espondria inútilmente, y que podia darse por satisfecho con haberse adelantado tanto. A pesar de estas observaciones el inglés se empeñó en su demanda y se dirigió á las últimas trincheras en compañía de un sargento, que le ponderaba la extraordinaria destreza de los tiradores rusos; pero queriendo poner á prueba esta destreza se quitó el sombrero, le levantó sobre el parapeto, y acto continuo llegó una bala de fusil que le derribó el sombrero y le

largo por ocho de ancho, y se halla cerrado por una circunferencia de montañas cubiertas de frondosos bosques. Este valle ofrece un aspecto muy diferente de los que se observan en los que se hallan mas próximos á la costa meridional, pues así como en esta la mano del hombre, secundada por un clima magnífico, ha empleado todo su arte en el ornato de la naturaleza, ya de suyo tan bella y vivificadora, plantando en todas partes hermosos viñedos, huertas y jardines fabricando palacios y construyendo ostentosos edificios, en este se distingue el carácter de la naturaleza primitiva y se disfruta de una temperatura. Privado del soplo de los vientos marítimos, ofrece solamente algunos perales ó manzanos pertenecientes á varios colonos, al paso que en los valles de Balaklava, del Belbeck, del Katcha y del Elma, situados mas al norte, medran con una facilidad maravillosa la vid, los árboles frutales y otras plantas aun mas delicadas.

Las colonias tártaras del valle de Baidar se dividen en dos municipios rurales, á saber, el del Baidar propiamente dicho, y el de Urkuntinsk; comprenden una poblacion de tres mil y doscientos hombres, y llevan las denominaciones de Baidar, Biuk-Muskomia, Kutchuk-Muskomia, Chaitu, Teiliu, Urcusta ó Rokusta, Bagá, Savatka, Skelia, Uzundju, Vachtik, Kalende y Varnutka; todas se hallan establecidas en el mismo valle y al pié de las montañas, á escepcion de dos, que son los de Chaitu y de Kutchuk-Muskomia, situados en el vertiente de una montaña mas próxima al mar; están unidas mutuamente por medio de sendas abiertas mas bien por el tiempo que por el arte, y aunque no tienen rio alguno mas ó menos importante, no falta en cada colonia un arroyo de agua cristalina, que no pocas veces desaparece bajo los rayos de un sol abrasador.

En el centro del valle se levanta la aldea de Baidar, atravesada por una calzada regular construida en tiempo del príncipe Woronzoff, antiguo gobernador general de la comarca, pero esta calzada atraviesa no solamente la aldea, sino tambien el valle entero, y al llegar á la puerta de Baidar se divide en dos ramales, de los cuales el uno corre en direccion á Balaklava y á Sebastopol, y el otro se estiende hácia la aldea ó villa de Tchorgun y hasta la aldea Duvankoi. Este último ramal es el mismo de que hacen uso los tártaros para conservar sus comunicaciones con Batchi-Serai por medio de sus *maljares* y *arabas*; pero los que viajan á pié ó á caballo siguen otro camino que empieza en la aldea de Urkusta y conduce al valle de Karalezskaia á través de las eminencias y de los desfiladeros. El primer ramal conduce por medio de muchos rodeos á las alturas del Jaila, cuyo punto culminante está adornado de una especie de puerta abierta en la peña viva y llamada *puerta de Baidar*, desde la que se descubre toda la costa meridional, como tambien el magnífico é inmenso espectáculo del mar Negro. (1)

Antes de la guerra actual los campesinos se dedicaban principalmente á la cria de ganado, y así es que los tártaros ponian rebaños muy numerosos de reses vacunas y caballos, que á falta de pastos y manantiales de agua viva en el mismo valle, pacian en las alturas del Jaila, cubiertos de frondoso césped, mas al principio de la guerra seducido por el alto precio que les ofrecian los poseedores de la corona, les vendieron la mayor parte de sus ganados y trasladaron el resto al interior del país, á instancia de las autoridades militares, para ponerlos á larga distancia del enemigo.

Atendida la pereza y la incuria que caracterizan á los tártaros de Crimea, las plantas hortenses no han podido hacer grandes progresos en este valle, pues los propietarios tropiezan conti-

(1) En lo antiguo habia en aquella puerta varios soldados y trabajadores encargados de conservar el camino en buen estado.

nuamente en dificultades para recoger las berzas, los cohombros y la pimienta que necesitan para su propio y esclusivo consumo. El terreno está ocupado en parte de plantaciones de tabaco, que no deja de ser apreciable, aunque inferior al de la costa meridional; pero la agricultura es casi nula, como que los tártaros acuden á Batchi-Serai para adquirir trigo, avena y cebada. Cuando los aliados ocuparon el valle, la industria que proporcionaba mas pingües beneficios á los tártaros era el transporte de la madera de los bosques vecinos á Balaklava, y aun mas á Sebastopol: ordinariamente se encargaban de los suministros particulares de combustible, cuyo precio solia ser muy alto en esta última ciudad, y para desempeñar semejantes comisiones con mas prontitud, se dedicaban sin sistema ni inteligencia á la corta de los bosques, que en consecuencia cayeron en poder de los aliados en un estado de deterioracion completa.

La estension de los bosques del valle de Baidar constituye en parte la propiedad de los campesinos de la corona, y en parte la de los particulares; pero la porcion mas estensa, que coje unas veinte y dos mil desiatinas de tierra, pertenece al conde Mordvivinnoff. Los árboles que se hallan con mas frecuencia en aquellos bosques, que cubren las vertientes y las cumbres de las montañas, son la encina, el haya, el olmo y el enebro, aunque tampoco dejan de hallarse algunos fresnos, lodoños, serbales tártaros, arces, árboles frutales en estado silvestre y unos nogales que crecen especialmente al pié de las alturas.

Hé aqui como describe este pintoresco valle el príncipe Demidoff:

«En la tarde del día 25 teniamos unos caballos tártaros procedentes de regular distancia y una carreta cubierta donde colocamos del mejor modo posible á nuestros enfermos. De esta suerte emprendimos la marcha en direccion al norte para pernoctar en la aldea de Varnutka, situada en medio de los bosques; pero la caravana, detenida por la forzosa lentitud de la carreta, se dispersó á poco rato, y al llegar la noche sobrevino una lluvia que no nos reservó otro guia que el ruido de los caballos. Ibamos atravesando unos dilatados bosques que ocupan un trecho donde se ven profundos barrancos, condensábanse de cada vez mas las tinieblas, y en el acto de apear nos, á eso de las diez de la noche, en el patio de una casa tártara del pueblo de Kutchuk-Muskomia, echamos de menos á tres compañeros. Los tártaros recorrieron el bosque por largo rato para encontrarlos, pero por último lo consiguieron en el instante en que los extraviados viajeros, perdidos en un soto sin salida, estaban disparando algunos tiros para que acudiéramos á su socorro. Aquellos buenos tártaros se aproximaron tímidamente á unas personas que se anunciaban con tanto ruido, mas al calor determinaron acompañarlos hasta nosotros, y cuando nos hubimos reunido, nos echamos en el piso de un aposento donde nuestros pobres huéspedes habian allegado los granos de su abundante cosecha. El aposento, que era bajo de techo, recibia luz por medio de dos reducidas ventanas sin vidrios y cerradas con barrotes, segun el uso de los tártaros, que á la llegada del invierno sustituyen con papeles los vidrios rotos: nuestros huéspedes encendieron en obsequio nuestro algunas ramas secas en la chimenea, y se acurrucaron al amor de aquella lumbre improvisada fumaendo en sus pipas y continuando la conversacion que nosotros les habiamos interrumpido: el poyo que daba vuelta al aposento tenia pocas pulgadas de altura, estaba cubierto con una alfombra de piel de vaca, y en una viga habia un Alcoran impreso y un manuscrito que no quisieron cedernos á ningun precio. Al rayar el alba encontramos nuestras dóciles cabalgaduras, que habiamos dejado con su carga, sus bridas y todo, segun la costumbre del país, para que se buscaran el alimento, no debiendo omitirse que aquellos pobres animales se nos mostraron algo enojados, sin haber abusado de su libertad y dispuestos á satisfacer todas nuestras exigencias. Por último despues de haber recorrido un país que ofrecia

arrancó tres dedos de la mano ocasionándole una rigidez espasmódica que le causó la muerte.

Un sargento francés que por primera vez estaba de guardia en la trinchera, quiso asomarse un poco al parapeto para observar al enemigo, despreciando los consejos de sus compañeros, mas en el acto mismo de verificarlo fué herido mortalmente por una bala tambien de fusil.

Esta destreza de los tiradores rusos, de la que podrian citarse innumerables ejemplos, indujo á los generales aliados á conminar con las penas mas severas á los que se atreviesen á visitar las trincheras sin su permiso; mas en ningun punto se observaba con tanto rigor esta orden como entre los ingleses, habiendo llegado á decirse que era mas difícil penetrar en sus trincheras que en los cuartos de la reina Victoria, cuando se celebra en ellos un consejo de ministros.

Los generales aliados temian sobremanera que los rusos intentaran algun ataque decisivo, porque los desertores y los espías les decian que el general Luders se encaminaba á marchas forzadas á Sebastopol con cincuenta mil hombres para recuperar á todo trance la posesion de los reductos de Selinghinsk, de Volhinia y de Kamtchatka; y como que además de estas noticias, que no carecian de fundamento, constaba de positivo que los refuerzos que habian entrado en la plaza durante los días 13, 16 y 17 de junio permanecian en ella, y á fines del mismo mes habia atravesado la rada un cuerpo de dos mil hombres aumentando hasta cincuenta mil soldados la fuerza de la guarnicion, que hasta entonces habia contado solamente veinte ó veinte y cinco mil, redoblaron las precauciones y la vigilancia construyendo una nueva paralela que pasaba delante de las canteras, dando una vuelta al rededor del cerro Verde, prolongándose en direccion á la derecha y facilitando de esta suerte el trabajo de los zapadores contra la torre Malakoff y la Estrella menor (*Petit Fedan*). No contentos con estos trabajos, los franceses construyeron una nueva bateria mas abajo de la antigua obra rusa llamada del Dos de Mayo, para que los vapores de la rada no pudieran establecerse en frente de la bahía del Carenero, pues á pesar de la reputacion que acababa de grangearse el general Pélissier con los triunfos obtenidos en el cementerio, en las obras Blancas y en el cerro Verde, la desgraciada empresa de 18 de junio les dió á conocer que en ella se habian cometido muchas faltas no solamente incompatibles con la fama de un general veterano, si no con las mas sencillas exigencias del arte militar. En efecto, las operaciones del general Pélissier, aunque coronadas por un completo triunfo en las mencionadas obras, argüian únicamente mucha energia por su parte y alguna imprevision y falta de iniciativa por parte de los oficiales rusos; pero la ineficacia de la táctica del general francés quedó completamente demostrada en el asalto de Malakoff, emprendido contra las reglas de la ciencia, pues por mucho valor y disciplina que se suponga á los soldados franceses, no era posible que salvaran felizmente los quinientos ó seiscientos metros de distancia que los separaban de aquella afamada torre, sin caminos cubiertos ni obra de ningun género que los pusiera al abrigo de los fuegos de una artilleria formidable. Entonces fué cuando el general Pélissier determinó atenerse á los principios establecidos por el gran Vauban apelando á los trabajos de zapa; pero la ejecucion envolvia muchas dificultades y requeria un largo espacio de tiempo, pues además del material inherente á una plaza de primer orden los rusos disponian del material de la escuadra, restauraban sus baterías con una rapidez asombrosa y se distinguian por su prontitud en remover la tierra y reparar los estragos ocasionados por el enemigo. Antes de la jornada de 7 de junio los ingenieros franceses avanzaban sus trabajos de zapa sin otro obstáculo que las bombas y balas de la plaza, que solo les ocasionaban una pérdida de veinte ó veinte y cinco hombres cada dia; mas á medida que se iban aproximando á las obras enemigas, el fuego de metralla se hacia de cada vez mas sensible, y, como decia un oficial del ejército del general Pélissier, cada ceston les costaba

ba un hombre por lo menos. Tal fué la causa de la muerte que sufrieron algunos oficiales superiores: en 7 de julio fué muerto el mayor Harrison en el acto de dirigirse á las trincheras, y en la noche del 18 lo fué tambien el coronel David por un caso de bomba; pero los rusos experimentaron una pérdida mucho mas importante en la persona del hábil almirante Pablo Stepanovith Nachimoff, el mismo que habia alcanzado la victoria de Sinope en 30 de noviembre de 1853. Este almirante estaba examinando continuamente las obras mas avanzadas de los sitiadores por medio de un antejo, y aunque sus compañeros le instaban á cada paso para que se difrazara con el capote del soldado y el enemigo no pudiera reconocerle, siempre se habia negado á sus instancias y se presentaba en todas partes con las charreteras de general; mas esta temeridad le costó la vida, precisamente el mismo dia en que los aliados perdieron al coronel David. A las ocho de la noche del 11 de julio, mientras el almirante Nachimoff estaba en la torre Malakoff observando los trabajos del enemigo por encima del parapeto, no obstante los prudentes consejos de las personas que le rodeaban, cayó una bala de fusil en un saco de tierra que tenia al lado, y aunque sus compañeros insistieron de nuevo para que se retirase, se contrajo á decir sin inmutarse ni moverse siquiera: «¿Pues vaya, que tienen el tiro bastante certero!»; pero pocos minutos despues le alcanzó en la sien otra bala de fusil ocasionándole una herida mortal, á la que sucumbió al dia siguiente. Los rusos, en cumplimiento del deseo que varias veces les habia manifestado, le sepultaron en la iglesia de la guarnicion, en la misma tumba donde yacian los restos del almirante Korniloff, y con este motivo los aliados correspondieron á la cortesía de que les habia dado una prueba evidente el principe Gorschakoff cuando se celebraron las exequias de lord Raglan, pues durante la ceremonia del entierro del almirante Nachimoff los ejércitos beligerantes suspendieron el fuego, sin que se disparase un solo tiro en ninguno de los dos campos. El principe Gorschakoff nombró inmediatamente gobernador militar de la ciudad y gefe superior del puerto de Sebastopol al contra-almirante Panfiloff en reemplazo de Nachimoff (1).

Entretanto el generalísimo de los otomanos continuaba encadenado en una inaccion incomprendible en el delicioso valle de Baidar, sin que nadie pudiera darse cuenta de la utilidad que podia acarrear á las operaciones del sitio la presencia del ejército turco en aquel punto. Dijose entonces, sin que todavía se haya desmentido, que Omer-bajá, que siempre se ha dedicado exclusivamente á la satisfaccion de sus caprichos y de su fortuna privada, andaba perdidamente enamorado de una hermosa távara, que le tenia aprisionado con sus encantos, pero lo cierto es que las delicias de aquel famoso valle, que puede considerarse como el paraiso silvestre de Crimea, le ofrecia todos los alicientes que pueden halagar la imaginacion de los orientales, y que la indolencia del generalísimo semejava en cierto modo á la inaccion á que se vió condenado el grande Anibal en medio de los placeres de Capua.

El valle de Baidar forma el vertiente septentrional de la gran cordillera del Jaila; está ceñido al este y al mediodia por una serie no interrumpida de eminencias que estienden sus ramificaciones siempre decrecientes en direccion al este, constituye una meseta regular de doce verstas de

(1) El almirante Nachimoff habia hecho varios viajes á Londres por encargo del emperador Nicolás, á fin de que estudiara el sistema y armamento que se observa en los arsenales de Inglaterra, y á estos estudios, que fueron de cinco años debia sus grandes conocimientos en todo lo relativo á la administracion práctica y teórica de la armada. A su regreso de Londres fué nombrado gefe de los establecimientos de construccion en Nicolajeff, y generalmente se reconoce que las numerosas condecoraciones de que estaba revestido eran la recompensa que se debe al valor y al talento.